

Por Sara Más

ENTRE EL SUELO PEGAJOSO Y EL TECHO DE CRISTAL

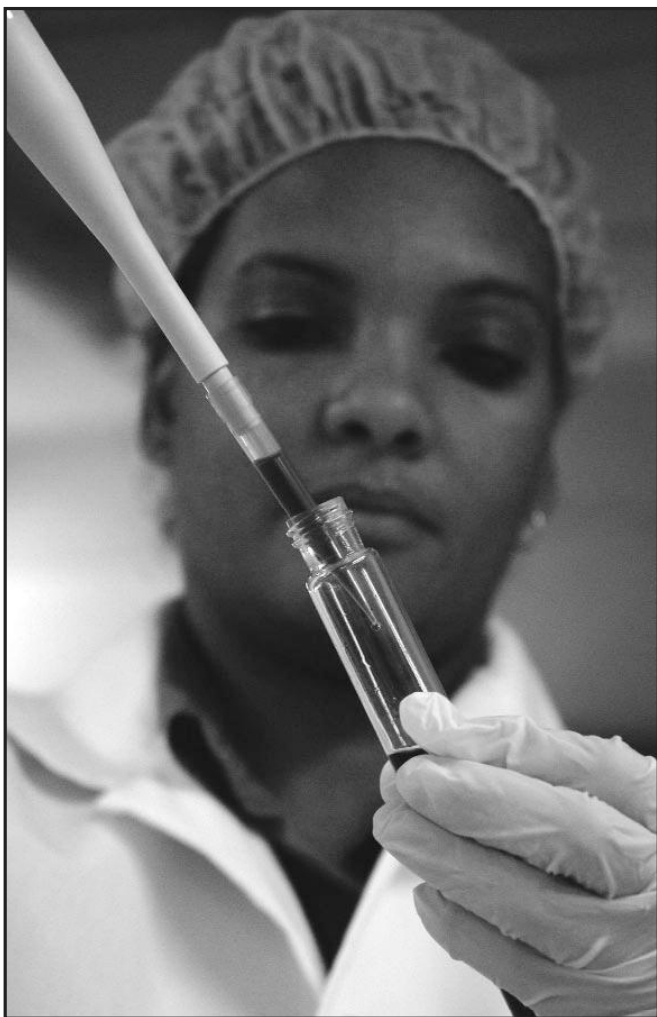
Crece el número de cubanas que acceden a cargos directivos en la economía, la política y la sociedad, y aún podrían ser muchas más.

Son muchas las cubanas que trabajan hoy día por cuenta propia y ajena, se encargan de labores que antes ni tenían idea poder alcanzar, asumen fun-

ciones de todo tipo –incluidas las que solo se consideraban «apropiadas para hombres»– y se desempeñan, además, en puestos de gerencia y dirección.

Con una alta preparación, capacidades y formación laboral y profesional, ellas alcanzan esos espacios sin que medien cuotas equitativas ni acuerdos paritarios para hombres y mujeres; solo a fuerza de méritos personales y profesionales, capacidades demostradas, voluntad y deseo de hacerlo. Este proceso, evidente a los ojos, también lo confirman las estadísticas, en particular aquellas que acuñan el término de «feminización de la enseñanza superior»: el 62,7 por ciento de las personas graduadas de ese nivel en 2011 fueron mujeres, de acuerdo con el último Anuario de la Oficina Nacional de Estadísticas e Información (ONEI).

Esa preparación debiera darles a las mujeres cierta ventaja para asumir responsabilidades y llegar a puestos en diversos niveles de poder. Sin embargo, las cubanas apenas son el 37,4 por ciento de las personas ocupadas en la economía y 34,3 por ciento de las ocupadas como dirigentes, según datos de la misma fuente estadística. Ello supone que dejan de ocupar puestos de mayor responsabilidad que podrían desempeñar con efectividad y que, indirectamente, tampoco acceden a una mejor remuneración, ni a los recursos y reconocimiento. De ahí que especialistas identifiquen esa



Por su alto nivel técnico y profesional, las mujeres deberían tener mayor presencia en los puestos de toma de decisiones.

como la brecha mayor entre mujeres y hombres que se mantienen ocupados en actividades remuneradas: las diferencias en su acceso a cargos de dirección.

Según cifras preliminares de la ONEI, manejadas en mayo pasado durante el Tercer Seminario de Evaluación del Plan de Seguimiento a la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, al cierre de 2012 las cubanas representaban el 46 por ciento de las personas dirigentes en el sector estatal civil, el más amplio de la economía en la actualidad, indicador que ha crecido en 13,5 puntos porcentuales en los últimos diez años.

La meta fijada en Beijing de 30 por ciento de mujeres en cargos de dirección ya ha sido cumplida para las cubanas en 17 sectores y organizaciones de la economía, pero sigue siendo una aspiración en otros nueve, incluidos comercio interior, agricultura, transporte, construcción, azúcar, planificación física, alimentación y recursos hidráulicos, entre otros.

Son mujeres el 48,8 por ciento de las diputadas al Parlamento, lo que supone un crecimiento de 5,5 por encima de la anterior legislatura y ubica a Cuba en el segundo lugar a nivel mundial en esta materia. Además, de los tres cargos de primer nivel en la actual legislatura, dos están ocupados por mujeres.

Los informes dan cuenta, asimismo, de que en las últimas elecciones de gobierno fueron nominadas 11 mil 39 mujeres como delegadas de circunscripciones, de las cuales fueron electas cuatro mil 873 delegadas de circunscripción, que representan 33,5 por ciento del total. En los diferentes cargos (presidentas, vicepresidentas y secretarías) a nivel provin-

cial ellas representan el 60 por ciento, mientras que a nivel municipal son el 53,17 por ciento. Es evidente que los indicadores crecen, pero son aún insuficientes a nivel de circunscripción, si se parte de que son muchas más las nominadas que las elegidas.

También ha crecido el número de mujeres ministras y viceministras, ocho y 40 en la actualidad, respectivamente; en tanto, dos mujeres fueron elegidas vicepresidentas del Consejo de Estado, órgano donde ellas representan 42 por ciento de sus integrantes. Pero las cifras expresan solo una parte del proceso. Más allá de los



La meta fijada en Beijing de 30 por ciento de mujeres directivas se ha cumplido en 17 sectores y organizaciones de la economía y sigue siendo aspiración en otros nueve.

datos duros y las estadísticas, emergen también otros cuestionamientos: ¿por qué no hay más mujeres dirigiendo en determinados niveles y sectores, si ellas pueden hacerlo? ¿Será que no las proponen o ellas prefieren no hacerlo? ¿Cómo entender que estén mejor preparadas y peor representadas? ¿Basta con ocupar el cargo o hace falta una visión diferente, que tenga en cuenta las inquietudes de las mujeres?

De algún modo, diversas barreras están frenando un mayor ejercicio del liderazgo femenino, sea porque ellas topan con el «techo de cristal» o no logran zafarse del «suelo pegajoso», en referencia, respectivamente, al tope invisible que no las deja subir más o a la imposibilidad de despegarse de cargas pesadas para seguir un camino ascendente.

Aunque hay una voluntad manifiesta del gobierno en seguir promoviendo la participación y el liderazgo de las mujeres, múltiples factores se mueven detrás del telón: desde la doble jornada femenina, que limita el tiempo y las condiciones para ese tipo de trabajo; hasta los métodos y estilos de dirección que se aplican y su influencia en el empoderamiento femenino.

También la manera en que esas prácticas puedan estar sesgadas, o no, por las construcciones tradicionales de género; el predominio de un paradigma masculino de dirección, visto como natural y universal; o la atención a la situación y condición de las mujeres en su desempeño y presencia en puestos de responsabilidad. Igualmente, emerge un tema antiguo, que no se decide solo dentro de casa: la conciliación de la vida laboral y familiar. 